

VALIJA indiscreta

A LOS OBISPOS ESPAÑOLES LES FALTA Y LES SOBRA DINERO

El mismo día se han publicado en la prensa dos noticias, al parecer contradictorias: Primera: Enrique, arzobispo de Toledo, ha telegrafiado al generalísimo Franco para agradecerle las "gestiones que haga a fin de que en el presupuesto de 1945 se incluya una modesta gratificación para el clero, en vista de la carestía de la vida"; segunda: los obispos españoles han recaudado 24.311.434 pesetas con 89 céntimos para donar dicha cantidad al Santo Pontífice.

¿Qué pensar de estos obispos, que con una mano piden y con otra dan? ¿Qué concepto tienen de la seriedad en cuestiones de dinero? El lance de los obispos españoles me recuerda la epístola contestatoria que un viejo amigo mío, valenciano, dió a un incorregible soblista, quien le pidió dos pesetas, con la promesa formal de que se las devolvería al día siguiente:

—Pero, ¿qué cree usted que son dos pesetas? —resonó mi amigo.— ¿Cree usted que son cosa de juego? Hoy se las doy yo a usted... Mañana me las da usted a mí... No, señor... Estas cosas son bastante serias, y yo no estoy dispuesto a jugar las "cuatro esquinas" con las dos pesetas...

Una respuesta parecida hubiera podido dar Francisco, generalísimo del Imperio, a Enrique, arzobispo de Toledo, pero lo más probable es que el

tas por mí, y la familia del muerto sólo estaba dispuesta a pagar una peseta y media, con la esperanza de que por el mismo precio entrasen más misas y se activase la salvación eterna del alma del finado. Contiene advertir que dicha familia tenía un puesto de verduras en el mercado. Haría yo de regatear, el cura puso fin a la discusión con estas palabras:

—Pero, ¿ustedes creen que yo doy misas faltas de peso? Al precio que ustedes me ofrecen, pierdo dinero...

Es posible que la cita sea irreverente y que la teoría sacro-económica del cura valenciano carezca de verdadera base canónica. A pesar de haber contado en otro tiempo con santos, vírgenes y mártires muy milagrosos y apreciables, el clero valenciano ofrece escasas garan-

tías en cuestión de dogma. El clero valenciano no puede ser tomado ciertamente por un modelo teológico. Todo en aquella tierra tiene un aire pagano, vital, helénico, sensual, del que no escapan, naturalmente, las ceremonias religiosas ni los hombres, valencianos al fin, encargados de celebrarlas. Una procesión valenciana, por ejemplo, en época de azahares y jazmines, estallante de ruidos y colores, entre perfumes de la tierra húmeda y miradas moriscas de los valencianos, me ha parecido siempre un espectáculo embriagador, dionisiaco, carnal, de una sensualidad infinita; la negación, en fin, del ascetismo religioso y del sentido funerario del catolicismo español. Yo he visto, además, a curas valencianos saltar, con las cimitanas arremangadas, sobre grandes paellas al fuego, en el momento en que las llamas de la leña empiezan a transmitir su oro fugaz al arroz bomba naufragado en un caldo inefable. El salto eclesástico sobre las paellas guisadas al aire libre, un día de campo, entre naranjos, cevea de una tapia cubierta de geranios, pertenece exclusivamente a la liturgia valenciana, mediterránea y blasquista.

Pero con todas estas divagaciones nos hemos apartado de lo fundamental, que es la carestía de la vida de que se lamenta el clero español y el envío simultáneo de varios millones de pesetas al Santo Padre de

Roma. La contradicción ocurre sólo sea aparente. El papa pide a los obispos españoles y los obispos españoles piden al Estado español. Es un lógico encadenamiento de hechos que se ajusta estrictamente a los cánones, y el día que no ocurra así se habrá perdido la religión en España, que allí descansan en ese acto de fe que consiste en dar dinero a cambio de bendiciones, para lo cual hace falta, desde luego, una robusta y acendrada devoción. El fenómeno acaso no sea exclusivamente español. Anatole France lo creía universal y veía en él la base misma de la Iglesia, la cual no se edificó, como se ha dicho, sobre la "piedra" de "Petrus" sino sobre la bolsa de Pablo, recaudador de donativos y limosnas entre las comunidades judeo-cristianas de Asia, a las cuales extendió su eloquente apostolado. Comulgaba el gran Anatole los dificultades de San Pablo con la iglesia de Jerusalén, que le discutía el título de apóstol, porque no había visto a Cristo. Pero el fogoso orador y samatargo volvía periódicamente de sus excursiones de propaganda con el dinero recogido entre los creyentes, con lo cual acabó por ser aceptado como apóstol. Las cuestiones de San Pablo son la base lejana de la Iglesia actual. (San Pablo fué algo así como el precursor de nuestro amigo Franco —también valenciano—, que donde nos ve nos cobra un recibo, dándonos un papelito que nos acredita como fieles de nuestros templos y capillitas de refugiados).

—Des qu'ites, déjé des qu'ites! —exclamaba monsieur Bergeret, refiriéndose a San Pablo.— N'en doutez pas, l'Eglise était fondée!

EL VALIJO

52
3 febrero
45

A.P.C.E.
SIG.:
1.2e/1092

primero acceda a la súplica del segundo y aturque esa "modesta gratificación" al clero.

—Mas ¿qué entiende Enrique por "modesta gratificación"? Los servicios religiosos del clero español no están regulados por leyes económicas y escapan a la fundamental de la oferta y la demanda. Parece difícil calcular las repercusiones de la carestía de esta vida, tratándose de personal eclesástico, encargado de prepararnos para la otra vida. Sobre tal materia sólo he conocido una extraña teoría, expuesta hace muchos años por un cura, también valenciano, a quien la familia de un difunto quería encargarle unas misas para la salvación de su alma. El cura pidió tres pesetas por misa, y la familia del